

culpas lo hubiéramos de esperar de algún hombre: ¿Quién no sabe cuán difíciles de perdonar son los enemigos?

Mas aquella feliz mujer tuvo la suerte de ir a los pies de Cristo, y allí obtuvo perdón y misericordia cumplida del Corazón siempre benigno con todos, pero benignísimo con los pecadores. Y la que si se hubiera acercado a los pies del Fariseo, probablemente hubiera sido rechazada a golpes hasta la distancia de cuatro codos, que marcaban sus reglas para las malas mujeres que se acercasen, a los pies de Jesús, fué atendida con divina dulzura.

Es verdad que venía con sincera y nada fingida penitencia y con resolución y firmeza sobrenaturales. Cuántos improperios e insultos recibió tal vez al entrar y al pasar hasta la sala! cuántos respetos humanos tuvo que vencer! Vino desteñido el rostro que otras veces tal vez tan impudicamente repintaba, modestos los ojos que otras veces tan provocativamente flechaba, humilde el paso que otras veces tan descaradamente contoneaba. Y llegada a los pies de Jesús vertió sobre ellos aquellas lágrimas otras veces tan engañosas, y ahora tan sinceras y dolorosas, desató sobre ellos aquella cabellera otras veces tan ensortijada y ahora tan despeinada y despreciada, y el tesoro de perfumes con que otras veces bañaba su cuerpo voluptuoso para en sus efluvios envolver y trastornar a sus amantes, ahora lo derramó a los pies de su Salvador. Todo cuanto antes había dado al pecado y al amor carnal y mundano, todo lo daba ahora a Dios, y lo sacrificaba al amor divino.

Aprended, pecadores, confiad, amad, sacrificadlo todo a Jesús, y entonces podréis obtener de él junto con el perdón aquella dulcísima paz que obtuvo la Magdalena.

Vade in pace! Id en paz!

88. CORRERÍAS APOSTÓLICAS DE JESÚS

(L. 8, 1-3).

No en banquetes ni festines, que, por muchos que fuesen, siempre eran excepciones de la vida corriente, sino en continuas y fervorosas correrías y predicaciones apostólicas, empleaba Jesús su vida. Y nos advierte San Lucas después de habernos contado la conversión de la Pecadora

que «Jesús luego iba recorriendo uno a uno los pueblos y aldeas pregonando y evangelizando el reino de Dios (es decir, el reino profetizado de Dios, que él como Mesías iba a fundar y estaba ya fundando) y con él iban los doce; y también algunas mujeres que habían sido curadas de malignos espíritus y de enfermedades: María, que es llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios, y Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes, y Susana y otras muchas, que de sus bienes le servían».

No se presentaba, pues, ya solo, ni como antes rodeado de discípulos variables, hoy con unos, mañana con otros, sino que, si bien variaban algunos de los muchos que le seguían, pero constantemente, como sus elegidos, como su escuela, le rodeaban doce, *los doce*, los Apóstoles escogidos en el monte del Sermón.

Además no acompañándole, sino siguiéndole, iban algunas devotas mujeres, que por Jesús habían sido libradas de demonios o de enfermedades. No la nombra San Lucas, mas, sin duda, la principal y la que dirigía a todas era su Santa Madre, que le acompañó siempre que pudo hasta la cruz. Con ella iban muy frecuentemente y estuvieron en el Calvario María Cleofás su cuñada, Salomé su sobrina, Juana, de quien solo sabemos que era mujer de un intendente de Herodes, que por lo visto debía ser hombre bueno, y conocido cuando escribía San Lucas su evangelio, y Susana o «Azucena» de la que solo nos queda el dulce nombre, sin otras noticias. María, de la que el Señor acababa pocos días antes de echar siete demonios, (es decir, muchos, que esto quiere significar el número de siete) amó mucho a su Redentor, y una vez justificada no se separó mientras pudo de su compañía, y aun atrajo a la amistad de su Maestro a sus hermanos Marta y Lázaro, y como después veremos, le ofreció su casa de Betania para su descanso y retiro.

Era costumbre bastante común entre los maestros judíos el que algunas señoras se encargasen de proporcionarles y prepararles habitación y sustento, para que ellos más desahogadamente vacasen a la enseñanza. Como cosa extraordinaria cuenta de sí San Pablo el que, para no ser gravoso a nadie, él mismo se procuraba el sustento con el trabajo de sus manos. Pero no era así de ordinario. Y Jesús tenía

una madre, y una madre cariñosa, la cual, primera y preferente discípula de sus enseñanzas, una vez que no estaba sujeta como hasta entonces a la casita de Nazaret donde habían vivido, para dar ejemplo, para ejercitar la virtud, para cooperar con su Hijo, para consolarse con su presencia, y en fin, para servirle con su pobreza, seguía a Jesús siempre que podía. Las demás mujeres, más bien que a Jesús inmediatamente, acompañaban a su Madre y por medio de ella y con ella y bajo su dirección preparaban cuanto el Maestro y sus discípulos necesitaban, haciendo los gastos las que podían por cuenta de sus haberes.

89. MANERAS DEL DIVINO APÓSTOL JESUCRISTO

Mas no se crea que todo se lo encontraba Jesús allanado, y que nada le faltaba en su vida.

Su morada más ordinaria y como el centro de sus excursiones, después que dejó Nazaret, fué Cafarnaúm, como ya dijimos. Allí Pedro o alguno de sus discípulos debía tener una casa en la que de ordinario moraba. Cuando salía solo por los campos y los pueblos, no le sería difícil hallar hospitalidad, siendo él tan bueno y tan notable, y la hospitalidad en aquella región tan venerada.

Cuando envió a sus Apóstoles primero y luego a sus discípulos a predicar, como luego veremos, dióles algunas instrucciones que serían sin duda las que él mismo practicaba, y las que con su propio ejemplo les había enseñado.

«Id, les decía, y predicad, diciendo: Se ha acercado el Reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expeled demonios. Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis. No cojáis nada para el camino, no llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestras fajas. Ni alforja para el camino, ni pan, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón, o a lo más el que tengáis en la mano. Porque bien puede pedir el trabajador su alimento. Cuando lleguéis a cualquier ciudad o aldea, preguntad por la persona digna que en él haya, y en la casa que entréis permaneced hasta que salgáis de allí. Y al entrar en la casa saludaréis diciendo: Paz a esta casa. Y si aquella casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; y si no es digna, vuestra paz volverá a vosotros. Y si

alguno no os recibe ni oye vuestras palabras, saliendo fuera de la casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos».

Parecidas instrucciones dió a los setenta y dos discípulos. Y es de creer, como he dicho, que seguramente serían las que él observaba.

Vestido como la generalidad de los Galileos, sin el fausto elegante y vanidades muelles que solía reprender en los fariseos y cortesanos, cubriría su cabeza o con el *cofié*, especie de cofia o de turbante blanco, cuyas extremidades colgaban flotantes sobre el cuello o espaldas, indispensable en el clima de Palestina para la vida al aire libre, o con una orilla de su propio manto echada sobre la cabeza. En Palestina nadie lleva su cabeza descubierta, ni aun en el mismo templo. Solamente los leprosos, para ser distinguidos de los demás iban por obligación de la ley descubiertos.

Vestía una túnica de punto sin costura, que probablemente se la habría hecho su Madre, y un manto sencillo que cuando iba de camino se lo ataba a la cintura con una cuerda. Debía además tener otras prendas interiores, pues los soldados se las repartieron entre sí en el Calvario, y solo después de partido y repartido lo restante, echaron suertes sobre la túnica, que era por lo visto de más precio.

El color del vestido tal vez era blanco, como es uso muy frecuente en los países orientales, para defenderse del sol, tal vez era de color, como parece indicárnoslo San Mateo, cuando dice que en la trasfiguración sus vestidos se volvieron blancos como la nieve. De seguro que no serían de púrpura; esto era muy lujoso y propio de reyes o militares. El pardo, el azul, el rayado de varios colores, era lo más usado. El tejido sería de lana o lino.

A los pies calzaba sandalias. En la mano puede que llevase algún bastón, aunque puede ser que ni eso tuviese. A los discípulos se lo permitía tener, pero les decía que no pusiesen empeño en buscarlo. Lo que nunca llevó fué saco de provisiones, ni túnica de repuesto, ni otro par de sandalias. Suponía que así como al jornalero se le da su jornal, así al apóstol se le debe dar lo que le haga falta para la vida.

Su persona no es fácil averiguar con certeza cómo era.

Algunos Padres, pocos, San Justino, San Clemente de Alejandría, Tertuliano, San Basilio y San Cirilo de Alejandría, dijeron que Jesús, deseoso de humillarse en esto como en todo lo demás, no quiso revestirse de formas corporales hermosas en su figura humana. Otros padres, los más, sostuvieron lo contrario, que el Señor así como fué elocuente y dulcísimo en sus palabras, así también en su forma exterior fué amable, y si no el más hermoso de los hombres, pero sí por lo menos dotado de aquella perfección que a la naturaleza humana corresponde cuando no está perturbada y degenerada. Y esta perfección realzarse sin duda por la belleza de expresión que la amabilidad y gracia interior comunicaba a su faz, retrato vivo de su excelentísimo corazón. El Evangelista San Lucas, dice que adolescente Jesús crecía en estatura, en sabiduría y en gracia ante Dios y los hombres. Lícito es suponer que esta gracia sería no solo interior del espíritu, sino también exterior de la persona y del trato, y que cuando se puso a predicar habría crecido hasta su completo desenvolvimiento.

Si fuese verdadera la historia de la carta que, dicen, escribió Jesús a Abgaro, la primera imagen del Salvador hubiera sido la que en la Iglesia antigua de Edesa se veneraba. Porque cuenta Eusebio de Cesarea, que Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos, fué enviado por Jesucristo a predicar en Edesa la fe, y dice que en los archivos de esta ciudad encontró una carta que Abgaro con esta ocasión escribió a Jesús al volver Tadeo, rogándole que viniese a curarle de una enfermedad que padecía. Junto con la carta halló, dice, la respuesta que el mismo Jesús le envió escrita, diciéndole que no podía ir a Edesa, sino que tenía que permanecer en Judea, para ser allí crucificado. Pero prometíale que después de su muerte le enviaría un discípulo que le curase a él y a los suyos. Y en efecto, Tadeo después fué y sanó en Edesa a Abgaro. Y Moisés de Korene al contar los mismos hechos que Eusebio añade que el enviado de Jesús, juntamente con su carta le trajo un retrato de su divina persona.

Ni en el principio la Iglesia, ni hoy los autores serios admiten tal historia ni la verdad de ninguna de estas dos cartas, que se ha averiguado que fueron fingidas más tarde.

Sin embargo que en la Iglesia de Edesa hubo una imagen antiquísima del Salvador, es bastante cierto a nuestro juicio, vistas las razones que hay para creerlo. Aunque no pasa de leyenda la historia de que semejante imagen fué impresa por el mismo Señor en un lienzo con que se enjugó la frente.

Por hoy la imagen más antigua de Nuestro Señor, que nosotros sepamos, es una de marfil, que está en el museo del Vaticano. El Señor presenta su faz ovalada, su cabellera cae ondulosa sobre los hombros en dos abundantes crenchas, partida por el medio de la cabeza. Un manto con el *clavus*, es decir, con una franja de color que baja desde el hombro, cubre su túnica. Saca el Señor su mano cubierta de manga ajustada que parece de punto, y con los dos dedos extendidos bendice. Esta es la imagen tradicional que los cristianos han adoptado, la que se ve en una pintura también antiquísima del cementerio de Calixto, hecha en el siglo II, y en otras del cementerio de San Ponciano y del de San Gaudioso y de otros muchos.

Es verdad que en no pocos frescos antiguos se le representa imberbe y joven, para expresar la juventud eterna de su divinidad, pero no es creíble que Nuestro Señor prescindiese de la costumbre general entre los judíos de llevar la barba. La ley mandaba así: «No cortarás en redondo tu barba, ni rasurarás los lados de ella», y si bien no está claro qué se deba entender por estos lados, pero es lo cierto que todos los judíos usaban barba abundante, que se la cuidaban con mucho esmero, que se tenía por afrenta cortársela a uno en todo o en parte, que solo en señal de duelo o en caso de enfermedad como lepra se permitía quitársela, y en fin, que según toda la tradición, tanto el Maestro como los discípulos, todos llevaban barba. Solo San Juan, por su juventud es representado sin ella.

Era, pues, Nuestro Señor y Maestro Jesucristo, cuando predicaba por los campos de Galilea un varón bien formado de más de treinta años, esbelto, robusto, fornido y bien hecho con el trabajo en el taller del carpintero su padre. Su presencia unía al vigor de la virilidad la dulzura de la mansedumbre. Su carácter valía lo mismo para amenazar al fariseo y perverso que se obstinaba, como para bendecir

al humilde y pecador que le pedía favor o no rehusaba su gracia. Prefería atraer, pero sabía aterrorizar. Ofrecía de ordinario su cariño, pero también a veces echaba mano del látigo.

Su cara ovalada iba rodeada de su hermosa y abundante cabellera, que en ondas levemente rizadas se deslizaba a ambos lados de su cabeza y por los hombros y espaldas.

Todo el rostro mostraba una alegría modesta, más que tristeza, sin ningún afecto desordenado.

Cuando se ofrecía ocasión sonreía y mostraba su simpatía y cariño, como cuando se le presentó un joven que le dijo que siempre había guardado los mandamientos, y cuando dijo a la pecadora su dulcísimo *Vete en paz*, y cuando tentaba a San Felipe sobre el modo de dar de comer a la muchedumbre del desierto, y en mil suavísimas historias que aún tendremos que recorrer.

También sabían llorar sus ojos, como cuando lloró sobre Jerusalén, y cuando respondió al saludo de Judas.

Y también lanzar rayos de indignación como cuando maldecía a los fariseos y a las ciudades de Betsaida y Corozain.

Como le describió Isaías y nos dice San Mateo, no gritaba, ni levantaba la voz, sino raras veces, a nadie si no es al soberbio y obstinado, repelía, mientras diese alguna esperanza de conversión, pues era incapaz de quebrar la caña hendida, ni de extinguir la tea que aún humeaba.

Mas en medio de esta mansedumbre, no era triste, ni débil, ni jamás abatido. Sin arrugas en su frente ni en su cara, ni muy abiertos ni muy cerrados sus labios, modestamente inclinados aunque firmes los ojos, por la serenidad humana de fuera mostraba la divina serenidad de dentro.

Su amable figura vestida de blanco, según yo creo más probable, aparecía entre el verdor de los campos galileos como el amable lirio de los valles, que atrae las miradas de todos.

No vayáis a creer que por acompañarle las mujeres amigas de su Santa Madre no le faltaba nada. Con frecuencia tendría que carecer de lo más preciso.

En general a juzgar por las alusiones de su predicación, comería legumbres, pan, huevos y pescado. El pescado

abundaba en la Galilea, sea fresco, cuando se hallaban en la costa, sea en salazón ó seco, cuando no había pesca, o estaban tierra adentro. Más de cuatro veces sus discípulos, ora con él, ora solos, se dedicaban a pescar, con objeto sin duda de proporcionarse el sustento.

Para darnos ejemplo de prudente previsión y ahorro en medio de la pobreza, él mismo de limosnas o de lo que sus discípulos de un modo o de otro recogían, conservaba lo que ahorraba para sus necesidades y para los pobres. Procurador e intendente de estas poquedades nombró a Judas, que era por tanto el encargado del depósito y de las compras.

Por lo demás parece que su vida era común en lo exterior, la habitual de la gente entre que vivía, sin ordinarias penitencias, ni asperezas, ni ayunos, como las que Juan había practicado. Abundante o escaso participaba de lo que le daban en cada sitio, sin llamar a nadie la atención. Así que los que todo lo zaherían, para rebajarle traían a la memoria la penitencia y ayunos del Bautista, y comparándolo con él llamaban a Jesús comedor y bebedor de vino.

Ya sabemos que no desdeñaba los convites que algunos le hacían de vez en cuando. De ellos se valía siempre para hacer algún bien para la gloria de Dios o para la paz de los hombres de buena voluntad, que estos eran sus fines.

Su trabajo era continuo. Su descanso poco, y él turbado por las muchedumbres que le buscaban afanosos en medio de su reposo, y le acosaban en la soledad y en la ciudad, en el camino y en la casa. Pasaba no pocas noches en oración retirado de todos, aun de sus discípulos. Cuando estaba en Jerusalén tenía costumbre de retirarse muy a menudo al huerto de Getsemaní a orar por nosotros y por todo el mundo.

No tenía sitio fijo y seguro donde descansar. Algunas veces hubo de dormir en la barca sobre una almohada, mientras remaban y dirigían la nave sus apóstoles. Pero estaba tan ajeno de contar con refugio cierto, que a un Escriba, que quería seguirle y que sin duda no tenía abnegación bastante para observar la vida dura que el Maestro hacía, pudo decirle: «Las zorras tienen cuevas, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza».

Su palabra era elocuentísima, popular, sumamente acomodada a los oyentes. En Galilea era sencilla y rural, campestre y risueña. En Jerusalén era docta, profunda, enérgica y pasmosa. Sus réplicas y sus conclusiones eran invencibles. Raudales de sabiduría divina expuestos en palabras populares y acertadísimas atraían a las muchedumbres y las retenían fascinadas a su lado, sin permitirles separarse de él. Y al fin, cuando después de alguna disputa con los maestros de Israel, se retiraba él y se disolvía el auditorio, todos estupefactos iban diciéndose unos a otros. «Nunca ha hablado nadie como este hombre». Y además de predicar y enseñar cosas sublimes, las enseñaba como quien tiene potestad y autoridad propia, y no como quien habla con potestad y autoridad prestada; mandaba como quien podía mandar, y no como quien declara el mandamiento de otro; definía como quien está cierto de no errar, y no como quien expone una opinión propia con temor de equivocarse; en una palabra, como Dios que era, como sabiduría infinita, como verdad única, no como hombre falible y corto de entendimiento.

90. HOSTILIDAD DE LOS FARISEOS

(Mc. 2, 20-30; Mt. 12, 22-33; L. 11, 17-23; 6, 43-45)

Los que ya desde el principio se manifestaron hostiles a Jesús, debían estar por este tiempo extraordinariamente alarmados e inquietos. El Maestro, el Nazareno adquiría una popularidad inmensa, increíble, irresistible tal vez ya y destructora por completo del fariseísmo. El sermón del monte marcaba orientaciones por completo contrarias a las enseñanzas farisaicas. La misión por los pueblos de Galilea con una escuela de doce Apóstoles fijos y decididos era una campaña formidable y temible para todos los maestros y escribas de Jerusalén.

La popularidad que como río en tiempo de deshielo iba creciendo estupendamente, amenazaba llevarse consigo a todo Israel y dejarlos a ellos sin auditorio, sin gente, sin autoridad, desairados en medio del pueblo cuyas alabanzas tantísimo ambicionaban.

Era preciso poner coto a tal invasión de un carpintero

sin letras, que para nada contaba con ellos, ni les pedía su autorización, y de repente en dos días se ponía sobre toda la autoridad de los maestros de Israel...

Enviaron, pues, desde Jerusalén algunos escribas que se enterasen de lo que sucedía y desengañasen, si podían, al pueblo, y desvirtuasen la preponderancia que Jesús iba adquiriendo.

No era fácil el negocio. Jesús volvía del campo lleno de gloria. Había hecho bien por donde quiera que había pasado. Había predicado doctrina nunca oída, y la había confirmado con maravillosos prodigios de todas clases: demoníacos librados, ciegos curados, mudos restituídos al habla, leprosos limpiados, tullidos reanimados y hasta muertos a vista de todo el mundo con sola su palabra resucitados... ¿Era posible resistir a un profeta tan grande?

Como el fuego en un cañaveral seco corría por todos los pueblos aquella expresión de los de Naím al ver levantarse vivo del ataúd a su amigo: «Un profeta extraordinario ha aparecido entre nosotros, y Jehová ha visitado a su pueblo». ¿Qué podrían hacer en contra de semejante popularidad, ni qué podrían decir enfrente de tales milagros los escribas y fariseos impotentes para hacer ningún prodigio?

Apenas entró Jesús en Cafarnaúm, dirigióse, como solía, a su morada ordinaria en aquella ciudad, que debía ser casa de San Pedro o de alguno de sus discípulos. El pueblo en cuanto supo que llegaba el Profeta salió a su encuentro y se arremolinó en torno de la casa y hasta penetró empujado en ella de tal suerte que ni para comer les daban tiempo.

Y estaban por entonces en Cafarnaúm, no sabemos con qué ocasión, ni si de paso o establemente, algunos parientes de Jesús, que por un lado no creían en los milagros de su primo, y por otro, viendo las tramas de los fariseos contra él, temían verse envueltos ellos en el mismo odio, y arrastrados en sus mismas persecuciones; y acaso también, movidos del cariño y parentesco temían que Jesús hubiese por fin de pagar su conducta sucumbiendo a las autoridades de Israel.

Estos, pues, cuando vieron el alboroto y entusiasmo que la presencia de su primo suscitaba en el pueblo, viendo

cada vez a él y a sí mismos más comprometidos, sobre todo desde que habían venido los enviados de Jerusalén, quisieron, si podían, salvarle y salvarse. Resolvieron echar mano de él para llevarle consigo, y lanzándose a la casa iban diciendo: «Se ha vuelto loco. Dejadle, es un exaltado, está fanático, ha perdido el juicio». Tal vez lo creían así, tal vez, si no lo creían, juzgaban que este era el mejor modo de justificarse ellos, y de sustraerle a él de todo peligro, y retirarle a casa para aconsejarle allí cordura y prudencia y obligarle a otra clase de vida menos comprometida y peligrosa.

Bien pronto habían de quedar confundidos. Porque precisamente «entonces trajeron a la casa un endemoniado ciego y mudo. Y Jesús lo sanó de modo que veía y hablaba. Y quedaron todos atónitos y decían: ¿No será este el Hijo de David?»

Y al hablar de este milagro que acaban de presenciar recordaban los muchísimos que en la última expedición había verificado, y los prodigios que habían oído, insistiendo sobre todo, como prueba de la divinidad de su misión, en los demonios que arrojaba de los posesos.

Mas estaban allí ya los espías enviados de Jerusalén, los escribas enemigos de Jesucristo, los cuales sin poderse contener al oír tales alabanzas y juzgando obligación de su autoridad deshacer lo que ellos creían engaño y superstición, decían a la gente: «Eso es que tiene pacto con Belcebú, y si echa los demonios es por Belcebú, príncipe de los demonios».

Era Belcebú, o Baal-zebul, Dios-mosca o Dios-de-las-moscas, un Dios de los filisteos, que los judíos, transformando su nombre en el de Beel-zebul, Dios de la casa, tenían por príncipe de la casa infernal y de todos los demonios, y le daban este nombre para no pronunciar así el de Satán, que ellos, como maldito, procuraban no pronunciar nunca.

Tremenda y abominable fué la calumnia que temerariamente lanzaban los Escribas contra Jesús. El Maestro la recogió, y como penetraba los corazones de todos y oía las murmuraciones, aun las que venían de lejos, si es que estas no las dijeron cerca de él mismo, los llamó a sí, y delante

de todos, afrontándolos, les dijo por medio de parábolas:

«—¿Cómo puede Satanás echar a Satanás? Porque todo reino dividido contra sí no puede durar. Y toda ciudad o casa dividida contra sí no puede subsistir. Y si Satanás echa fuera a Satanás, y se levanta contra sí mismo está dividido contra sí, y por tanto ¿cómo podrá permanecer su reino? De ningún modo, sino que vendrá su fin».

»Además, si yo lanzo los demonios por virtud de Belcebú, vuestros hijos ¿por quién los lanzan? Por eso ellos serán vuestros jueces. Ahora bien, si yo lanzo los demonios por el espíritu de Dios, no podéis negar que ha llegado a vosotros el reino de Dios. Porque si no ¿cómo puede uno entrar en la casa de un poderoso y saquear sus tesoros si antes no ha sujetado al poderoso? Solo entonces podrá saquear su casa».

Y una vez que les hubo probado que si arrojaba los demonios era en nombre de Dios, les advirtió la necesidad de ponerse de su parte o de la del demonio, y avisándoles que no había término medio posible, les dijo:

«El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, derrama».

Y como la calumnia que levantaban era tan horrible, les avisó de su gravedad y de la condenación que con ella se acarreaban con estas tremendas amenazas.

«De verdad, os digo, que cualquier pecado y cualquier blasfemia se perdonará a los hombres; solo no se perdonará la blasfemia contra el Espíritu Santo. A cualquiera que hable contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero a quien hable contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni esta vida ni en la otra, sino que será reo de eterna condenación».

»Porque ellos habían dicho: tiene el espíritu inmundo.

»Si decís que el árbol es bueno, decid que es bueno su fruto; o si decís que el árbol es malo, decid también que es malo su fruto; pues por el fruto se conoce el árbol. ¡Raza de víboras! ¿Cómo es posible que vosotros digáis cosa buena si sois malos? Porque de lo que abunda en el corazón hablan los labios. El bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas y el malo del mal tesoro de su corazón saca cosas malas. Y os digo que en el día del

juicio han de dar cuenta los hombres de toda palabra ociosa que pronuncien. Porque por tus palabras serás justificado y por tus palabras condenado».

91. LA BLASFEMIA CONTRA EL ESPÍRITU SANTO

(Mc. 3, 29.30; Mt. 12, 31.32)

Es notable lo que Jesucristo dijo a los Escribas, que la blasfemia contra el Espíritu Santo no se perdona ni en esta vida ni en la otra. Y no deja de ofrecer este punto seria dificultad a los doctores. Porque la Iglesia cree, y lo afirma como doctrina católica que no se puede negar, que tiene ella potestad para perdonar todos los pecados, por graves y numerosos que sean, con tal que haya las disposiciones debidas dispuestas por el autor de los sacramentos Jesucristo Redentor. Ahora bien, Jesús mismo dice en las palabras que arriba hemos leído, que la blasfemia contra el Espíritu Santo, es decir, el afirmar que los milagros y obras sobrenaturales, que se atribuyen al Espíritu Santo, y con las cuales se prueba la divinidad de Cristo, son obras del demonio, de Belcebú, es un pecado tal, que a diferencia de otros no se perdona ni en este mundo ni en el otro.

Ninguna solución mejor ni más instructiva que la que da Santo Tomás de Aquino: «El pecado contra el Espíritu Santo se dice irremisible, no precisamente porque no se perdona de ningún modo, sino porque él de suyo exige que no sea perdonado. Y esto bajo dos aspectos: Primero, por lo que el pecado tiene de pena: porque quien peca por ignorancia o debilidad, merece menos pena; mas el que peca por malicia determinada, no tiene ninguna excusa para que se le disminuya su pena. Y así el que blasfemaba contra el Hijo del hombre, cuando todavía no se le había revelado la divinidad, podía tener alguna excusa, por la bajeza de la carne de que lo veía revestido, y así merecía menor pena. Pero el que blasfemaba contra la misma divinidad, atribuyendo al diablo las obras del Espíritu Santo, no tenía excusa ninguna para que se le disminuyese su pena.

»Segundo, por lo que el pecado tiene de culpa: porque así como una enfermedad se dice incurable por su natura-

leza, cuando es tal que por ella se destruye aquello mismo con que podría curarse la enfermedad, por ejemplo, cuando la enfermedad destruye las fuerzas de la naturaleza, o causa repugnancia al alimento y a las medicinas, aunque Dios puede curar tal enfermedad; así también se dice que el pecado contra el Espíritu Santo es irremisible, porque lo es según su naturaleza, ya que excluye los medios con que se obtiene la remisión de los pecados. Pero no por eso queda cerrada a la omnipotencia y misericordia de Dios la facultad de perdonar y sanar, y en virtud de esta omnipotencia y misericordia, los tales recobran la salud espiritual, como por milagro».

Es decir, que de suyo el pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo no recibe el perdón, no porque la Iglesia no tenga facultad para perdonarlo, sino porque el pecador no se dispondrá para ser digno del perdón.

Y esto por dos causas: porque es suma su malicia, sin excusa de ignorancia ni de debilidad; y después y sobre todo porque esta es la naturaleza de este pecado, que así como el que se ciega, naturalmente no puede recibir la visión, y el que se quita el corazón naturalmente no puede empujar la sangre, porque se arranca la raíz de la visión y la raíz de la circulación de la sangre; así el que blasfema contra el Espíritu Santo se cierra el camino de salvarse, porque ¿cómo se probará a nadie que Jesucristo es Dios, si las pruebas que son los milagros y obras del Espíritu Santo las atribuye al demonio?

Y por tanto no puede más de suyo prepararse a obtener la remisión, que el ciego para ver y el destituido de corazón para empujar la sangre.

Pero así como Dios puede devolver, por milagro el corazón al que se lo arrancó y los ojos al que se cegó, así puede al que blasfemó contra el Espíritu Santo darle gracia para arrepentirse. Pero esto en la providencia actual sería una especie de milagro y gracia extraordinaria en el orden sobrenatural, así como sería un milagro en el orden natural el devolver el corazón y los ojos.

Tiemblen, pues, los que blasfeman contra el Espíritu Santo de este modo.

Aunque no es el mismo pecado, es muy parecido el de

aquellos, que atribuyen los milagros del Espíritu Santo, con los que Jesús confirmaba su divinidad, no al demonio, porque tampoco creen en el demonio, sino a la fábula, a la ficción, o al engaño de Jesucristo, o a la credulidad de los hombres, o en fin, a la mala fe de explotadores de conciencias. ¡Infelices! ellos se cierran el camino de su restauración, y la fuente de su justificación, huyendo de lo que debía ser origen de su renacimiento y manantial de su reparación.

Y esta es, sin duda, la causa porque raras veces se convierten algunos de los impíos de nuestros tiempos, porque sus pecados fácilmente degeneran en pecados contra el Espíritu Santo o en otros parecidos a ellos.

Y para más recomendar la severidad del juicio de Dios contra estas blasfemias, y por tanto para que mirasen y considerasen bien lo que acerca de su persona y de sus actos y milagros pronunciaban, les aseguró que en el día del juicio se nos pediría cuenta hasta de las palabras ociosas que digamos.

Palabra ociosa es toda la palabra que no tiene ninguna razón de necesidad ni de utilidad, para quien la dice o para quien la oye.

Pero debe advertirse que en la utilidad entra todo aquello que se refiere al trato conveniente de la sociedad y aun a la justa y honesta recreación y diversión del ánimo, y por tanto, no debe considerarse inútil la buena conversación para alegrar y recrear el espíritu. Mas no por eso deja de ser verdad que tendremos que dar cuenta de muchas, muchísimas palabras que decimos de más, sin razón ninguna, con excesiva palabrería, con pérdida lamentable del tiempo, que Dios nos ha dado, no para recrearnos precisamente y con exceso, sino para cumplir bien nuestras obligaciones y lograr la perfección. Ni más ni menos que del derroche de nuestra hacienda, nos pedirá cuenta del derroche de nuestras palabras, y de todas nuestras fuerzas y facultades. Y cuanto hayamos faltado tanto se nos impondrá de pena.

92. QUIÉNES SON LA MADRE Y LOS HERMANOS DE JESÚS

(L. 8, 19-21; Mc. 3, 31-35; Mt. 12, 46-50)

«Aún estaba Jesucristo hablando, cuando su madre y sus

hermanos (es decir sus primos, según ya lo dejamos expuesto) vinieron queriendo hablarle. Mas no podían acercarse a él por el gentío. Y desde fuera le enviaron un recado llamándolo».

Debieron oír el peligro en que se encontraba, lo que habían dicho aquellos otros parientes, lo que se podía temer de todos los escribas enviados de Jerusalén; y ansiosos por su suerte deseaban verle, hablarle, enterarse de lo que había sucedido, ofreciéndole su apoyo o su compañía. Tanto más que hacía ya tiempo que Jesús faltaba de Cafarnaúm y no le veían.

«Estaba, pues, Jesús, en medio de una turba que se había sentado para escucharle, y le dijo uno de los oyentes:

»—Ahí fuera está tu madre y tus hermanos: quieren hablarte.

»Mas Jesús respondióle:

»—¿Quién es mi madre? y quiénes son mis hermanos?

»Y mirando a su alrededor y extendiendo sus manos a sus discípulos que sentados le rodeaban, dijo:

»—Estos son mi madre, estos son mis hermanos. Porque cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos ese es hermano mío, hermana mía y madre mía».

Dulcísima benignidad de Nuestro Dios y Señor Jesucristo! No despreciaba él a su madre, ni a sus primos y parientes. Porque también ellos, los que allí estaban, y sobre todo su Madre Santísima hacía, y por cierto sobreexcelentísimamente, la voluntad del Padre Celestial, y por eso ella más que nadie de cuantos allí estaban era madre y hermana y todo de Jesús. Pero el que en el orden natural siempre respetó a María como a su Santísima Madre, y el que por ser su hijo le dió carismas de santidad inapreciables, nos dió esta vez a entender que en el orden sobrenatural como Mesías estaba desligado de vínculos carnales, y no reconocía más lazos que el hacer la voluntad de su Padre. Y que aquellos serían por él tenidos como padres y como hermanos, que hiciesen lo que su Padre quería, y tanto más cuanto más esto hiciesen.

¡Oh dignidad extraordinaria! ¡oh favor magnífico de nuestro Señor! Podemos ser su madre y sus hermanos, y tan queridos por él como una madre de sus hijos y un hermano